

Ensayos críticos sobre cuento colombiano del siglo xx
María Luisa Ortega, Betty Osorio y Adolfo Caicedo (comps.).
Universidad de los Andes. Bogotá, 2011

Recibido: 15 de marzo de 2012. Aprobado: 4 de mayo de 2012

Este texto reúne treinta y cuatro artículos a propósito de cuentistas representativos en el plano literario nacional. Debido a la escasa crítica especializada sobre el cuento colombiano, María Luisa Ortega, Betty Osorio y Adolfo Caicedo se dieron a la tarea de compilar ensayos y monografías de posgrado de los últimos veinticinco años, con el propósito de presentar variados puntos de vista y estilos de crítica que convergen desde el sustento teórico, el rigor académico y el análisis minucioso. A la par, los compiladores esclarecen que en ningún momento pretenden abarcar la cuentística colombiana del siglo pasado, sino presentar una antología crítica sobre las diversas manifestaciones y formas que tuvo el cuento colombiano desde finales del siglo XIX, pues la cronología que sugiere el título no es radical. El libro cuenta con una amplia revisión bibliográfica de espacios académicos, principalmente en Colombia, Estados Unidos y España. En este proceso, se destacan las iniciativas de la Asociación de Colombianistas y las Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana (JALLA), como promotores de congresos y encuentros que originaron una parte significativa de los textos críticos aquí presentados.

A lo largo de los artículos, se perciben diversas maneras de hacer literatura que se entremezclan con temáticas como el catolicismo, el regionalismo, la violencia, la identidad nacional, lo urbano y lo rural, entre otros. Pero el concepto que atraviesa la antología es la modernidad, que acompaña la visión de los ensayistas de principio a fin. El primer capítulo del libro, “Reflexiones generales”, cuenta con una propuesta de Betty Osorio que ubica en *El carnero* la génesis de la narrativa nacional, y exalta su proliferación de géneros, al tiempo que afirma que su legado poético y político es inagotable. Osorio reconoce el incalculable valor del texto de Rodríguez Freyle, pero advierte que es posible censurar al autor neogranadino desde la perspectiva de la injusticia social con los indígenas. En esta primera parte, se encuentran también las consideraciones sobre el cuento que expone Adolfo Caicedo, quien reconoce la influencia, sobre los cuentistas colombianos, de Borges,

Chejov, Poe, Quiroga, Cortázar, Piglia, entre otros. Caicedo afirma que la tradición oral, la sorpresa, el suspenso, la brevedad, la intensidad y la tensión son características propias del género, pero señala que desde el Grupo de Barranquilla, integrado por figuras como Gabriel García Márquez, José Félix Fuenmayor, Álvaro Cepeda Samudio y Alejandro Obregón, se intenta unir el localismo con el universalismo dentro del cuento, práctica que surge al realizar una lectura crítica y creadora de grandes maestros, entre los cuales se destacan Kafka, Faulkner, Woolf, Sartre, Camus y Hemingway.

El segundo capítulo del texto, “Ingreso a la modernidad”, presenta la forma en que Tomás Carrasquilla y Adel López Gómez, más allá del estigmatizado regionalismo, promueven un proceso de significativa trascendencia dentro de las letras colombianas, pues su narrativa es fiel ejemplo de las transiciones socioculturales del cambio de siglo. Para Betty Osorio, la familia, la mujer, el discurso católico, la violencia, la educación y la moral se encuentran en constante tensión dentro de los procesos urbanísticos modernos que requieren la desaparición del campesino para que aflore el hombre urbano. Ligado a esto, la profesora Osorio concluye que tanto con Carrasquilla como con López Gómez se inicia el proceso de construcción de la identidad nacional.

La tercera parte del libro, “Desafíos de la modernidad”, identifica en las obras de Hernando Téllez, Pedro Gómez Valderrama, José Félix Fuenmayor, Gabriel García Márquez y Germán Espinosa una prosa híbrida entre ensayo y ficción literaria, con tintes precisos de erotismo, ironía, humor, violencia, historicidad y demonios. María Luisa Ortega y María Clemencia Rueda estudian la obra de Hernando Téllez, de quien destacan la intención de conciencia histórica que comunican sus personajes desde una esfera íntima o pública. Igualmente, Luis Correa Díaz y María Luisa Ortega muestran la forma en que Gómez Valderrama ilustra la historia de la América hispánica desde la literatura. La subversión de los hechos históricos se entreteje desde la ficción del cuento y la argumentación del ensayo. Seguidamente, Ortega se hace presente para trabajar la estrategia narrativa de José Félix Fuenmayor, la cual ubica en un paralelismo con Juan Rulfo a partir de la voz ironizada del personaje urbano con relación al campesino. Posteriormente, Gene H. Belle-Villada, Isabel Rodríguez Vergara y Héctor Hoyos se aproximan a la cuentística de García Márquez. Los tres críticos rescatan al Nobel como autor del Caribe colombiano desde la narrativa. Además, rastrean la influencia del cine, el trato de las mitologías, las tensiones centro-periferia,

las múltiples influencias literarias, la ubicación del mundo como lugar común, su condición cosmopolita y su estructura rizomática. Por último, María Luisa Ortega analiza el imaginario demoniaco en los cuentos de Germán Espinosa. Ella presenta una lectura del autor cartagenero desde el diálogo entre el contenido histórico y la fijación de espacios y situaciones sombrías, lóbregas, macabras, diabólicas y lujuriosas, que trabaja el autor en su visión moderna del Medioevo.

En el cuarto capítulo, titulado “Una modernidad desencantada”, se percibe una irreverencia de los cuentistas frente a las formas y a las temáticas modernas. Álvaro Mutis, Álvaro Cepeda Samudio, Marvel Moreno, Fanny Buitrago, Fernando Cruz Kronfly y Andrés Caicedo son estudiados desde la subversión narrativa, la cual crea personajes y atmósferas que permiten tomar distancia de los avatares de la modernidad y apreciar sus efectos. Seymour Menton y Mario Barrero se ocupan de la obra de Mutis. Los dos resaltan la economía del lenguaje del autor y demuestran el resentimiento de Mutis con la modernidad—democrática e intelectual—que obliga a volver al pasado para interpelar el presente. Por otra parte, Adolfo Caicedo afirma que los cuentos de Álvaro Cepeda Samudio no se dejan encasillar en estructuras canónicas e invitan al lector a hilvanar el relato, mientras manifiestan una ironía en la que lo mágico es lo cotidiano. A la vez, Lucía Garavito y Laura Trujillo se ocupan de dos escritoras. La primera propone una lectura de los cuentos de Marvel Moreno desde el subtexto que, trabajado como silencio insurrecto, permite la representatividad ideológica en contra del patriarcado, conservador y opresor de la sociedad colombiana. La segunda se centra en señalar la justa reclamación que hacen los cuentos de Fanny Buitrago para lograr la inclusión de la mujer en la sociedad desde la literatura. De otro lado, Michael Palencia-Roth señala una escritura melancólica en la cuentística de Fernando Cruz Kronfly, la cual permite visualizar la pérdida de identidad que se da por el peregrinaje y el olvido de los espacios. Finalmente, Adolfo Caicedo cierra el capítulo al referir los imaginarios urbanos desde los cuentos de Andrés Caicedo. El crítico afirma que la poética del escritor caleño se opone al discurso hegemónico al mezclar su lenguaje gótico y ciudadano con la cinematografía, los aires musicales, la juventud, el sexo y la marginalidad.

El quinto capítulo, “Narrativas de fin de siglo”, muestra una prosa que intenta recoger los mitos de la modernidad desde la diáspora, la industrialización y la narración oblicua. Este proceso origina una cuentística particular que se trabaja en la lectura crítica de María Mercedes Jaramillo a propósito

de los cuentos de Hugo Niño y Flor Romero. El ejercicio de Jaramillo permite apreciar la resistencia cultural de los grupos indígenas mesoamericanos. Los rituales, las cosmovisiones y las estructuras sociales de absoluta riqueza oral se conservan gracias a la fijación textual de tradiciones orales y variables. Asimismo, Adolfo Caicedo ilustra la fuerte sonoridad de la prosa de Umberto Valverde, que surge como respuesta estética de la juventud marginada. Héctor Hoyos identifica la tensión de clases que genera movilidad social arribista en los cuentos de Tomás González. Cristo Rafael Figueroa marca, en primer término, la trágica visión humana del conflicto colombiano en la obra de Andrés Elías Flórez Brum; y señala, en segundo lugar, la inclusión del departamento de Córdoba dentro del plano literario nacional con la antología del cuento cordobés. Además, María Luisa Ortega muestra la forma en la que, a través de un siglo, Roberto Rubiano Vargas dibuja el rostro más preciso de Bogotá y William Clamurro identifica en los cuentos de Enrique Serrano una visión de la cultura hispanoamericana desde un innegable ancestro: el imperio español. En seguida, Gustavo Zuluaga ubica el éxito de la prosa de Pablo Montoya al narrar, a partir de una perspectiva diferente, la recurrente violencia en Colombia. Entre tanto, Paola Estrella resalta la manera en la que Albeiro Arciniegas utiliza su natal Pupiales para dialogar con las letras hispanoamericanas y Ana Mercedes Patiño ilustra el valor cultural de los grupos wayúu y raizal en los cuentos de Estercilia Simanca y Vicenta Siosi, para la Guajira, y de Loila Pomare, para San Andrés.

En el último capítulo, “Crónica y testimonio”, Adolfo Caicedo y Lucía Ortiz identifican la narrativa testimonial como literatura que combate el oficialismo, puesto que este tipo de prosa posmoderna le presta la voz al marginal y, se supone, entrega un texto con una mínima intervención del escritor. Con la clara subversión de las formas canónicas se cierra el recorrido por tres décadas de crítica especializada que, sin lugar a dudas, agrupa de forma precisa más de un siglo de cuentística colombiana y permite un diálogo interpretativo entre obras y lectores en torno al cuento colombiano.

En definitiva, esta compilación diagrama un camino para la crítica especializada a propósito del cuento colombiano y establece un mapa literario que le permite al lector avisado dialogar nuevamente con las obras de algunos cuentistas nacionales. Y para aquellos que apenas se inician en la lectura del cuento colombiano, ofrece un acompañamiento a través de más de un siglo de narrativa breve que vincula diversas facetas de la literatura nacional. La lectura de este texto es de absoluta recomendación para los interesados

en las letras colombianas; cada artículo es una pieza pertinente dentro de la enseñanza de la literatura nacional, puesto que presenta diversas hipótesis de lectura sobre los que son, quizá, los autores más representativos del proceso de modernización del cuento colombiano.

Farouk Caballero
Universidad de Los Andes